

El doctor Silvio, respetemos el pseudónimo, nos habla en *El Mundo*, periódico de toda mi simpatía, de la institución que, con el nombre de «el día de la tuberculosis», ha realizado en la culta ciudad de San Sebastián una hermosa obra de solidaridad social.

Distinguidas señoritas han pedido en ese día para el sostenimiento de sanatorios y dispensarios antituberculosos. Lo recaudado ascendió á más de treinta y cinco mil pesetas. Contribución voluntaria, con una flor por todo recibo y una sonrisa por todo apremio.

El doctor Silvio pregunta: ¿No podría hacerse en Madrid algo semejante? Y como propagandista de su noble propósito, solicita el concurso de mayores personas y el humilde del que esto escribe.

Descansaba yo en estos días, no por necesidad de oxigenarme, como supone un descortés colega, muy regocijado porque haya sus-

pendido mi colaboración en otro periódico, y sin ocultar su alegría ante esa necesidad de oxigenación. No, querido amigo, mi salud es buena, nada de neurastenias ni otros alifafes. Descanso, si descanso puede llamarse á cambiar de trabajo, porque bien me parece, y si viaje es por atenciones de familia, no porque necesite oxigenarme. Y muchas gracias por la cortesía. Pero suspendo mi descanso con gusto para responder á la amable solicitud del doctor Silvio.

Según mis noticias, la Junta de damas, Patronato de los dispensarios de Madrid Reina Victoria y Reina Cristina, piensan en la institución de ese día de la tuberculosis, y para ello creo que habían designado uno de los días de Mayo, el primero ó el último, cualquiera de los dos muy significativo. Yo preferiría el primero, al que no va unido ningún recuerdo desagradable. En ese día celebran los obreros su fiesta, y ningún día mejor para responder con un acto de amor en los de arriba, al natural anhelo de justicia en los de abajo.

Yo bien sé que en Madrid habrá inconvenientes para que la cuestación sea calle-

jera. En primer término, el temor al ridículo, ese temor tan español y tan madrileño que malogró la *ideica* del beso á la bandera, indicación del maestro Cavia, y malogra tantas otras ideas generosas. En segundo término, y esto es más grave y de más difícil remedio, la... ¿cómo diremos?—la gansada de nuestro más florido señoritismo. ¿Podrían las señoritas ejercer su caritativa colecta por las calles sin exponerse á oír mil impertinencias y groserías? De cualquier modo, como por un grosero es de esperar, seamos optimistas, que bien habían de hallarse cinco personas bien nacidas; no quedaría el uno sin recibir una buena lección de los otros, y si así era, bien podía darse todo por bien empleado, y el día de la tuberculosis pudiera ser al mismo tiempo de mucho provecho para la educación social.

Por mi parte, sólo diré al doctor Silvio—y del mismo modo me ofrecí antes de ahora á la Junta de damas de los dos dispensarios—que seré infatigable propagandista de la idea y su activo colaborador al realizarse, sin temor al ridículo, sin temor á los juicios temerarios de los que ven en todo cuanto

alguna persona de notoriedad emprende, afán desmedido de exhibición y de aplauso. ¡ Cuántas veces por esta consideración deja uno de hacer mucho bueno! ¡ Y si valiera encubrirse con el anónimo! Pero, cuando no son empresas que uno solo puede realizar, ¿quién sigue al desconocido? ¿Qué autoridad se le concede? Y si emplea uno su nombre, siempre estará uno expuesto á ser mal juzgado:—¡ Vaya! ¡ No hay función sin tarasca! ¡ Ande el faroleo! ¡ Aquí están los inevitables!

Todo esto y el dulce *cocear* de algunos de esos, que vienen á estrecharle á uno la mano y á sonreírle, sin que nadie los llame, y al día siguiente sueltan su buena patada y ¡ tan hombres! son las gratas satisfacciones tan envidiadas por los jóvenes... ¡ Oh! ¡ Ustedes los que han llegado! Pero, ¿á qué creen ustedes que se llega en España?

Y perdone el doctor Silvio estas expansiones. Nadie sabe lo que cuesta ser optimista en este país. Uno empeñado en pensar bien de todo el mundo y medio mundo empeñado en que uno se equivoca. ¡ Bah! Con creer en nosotros mismos, basta.

Habrà en Madrid día de la tuberculosis, trabajaremos para ello con buena voluntad, y ese día, ya lo sabe el doctor Silvio, vendré postales por la calle, periódicos, tocaré un piano de manubrio, lo que se ofrezca, sin temor al ridículo y sin miedo á la exhibición ni á los literatos.



En el número del 8 de Diciembre de *El Libro Popular*, en un artículo inserto en la cubierta con el título de «El príncipe de los dramaturgos», escribe don Enrique Gómez Carrillo lo siguiente:

«¡Curel! ¿Quién es Curel? En castellano nunca hemos visto ninguna de sus obras. Con su nombre, no, efectivamente. Pero hay una comedia suya que fué traducida por Benavente y que obtiene desde hace diez años el más grande de los éxitos en España y en América. Me refiero al *Repas du lion*, que en nuestra lengua se titula *La comida de las fieras*.

Pero vais, sin duda, á decirme con justa malicia: ¿Por qué esta pieza figura como original entre las obras de Benavente?

—Sin duda por razones de empresa—os contestaré, repitiendo una frase del mismo dramaturgo madrileño.

Una comedia que se da como traducida no

tiene nunca para las compañías la misma importancia que una comedia nueva.

En todo caso, si el autor de *Los intereses creados*, que es, ante todo, un hombre de honor, se apropia la paternidad del *Repas du lion*, no por eso deja de entregarle los derechos que le corresponden al verdadero autor.

En las cuentas que la Sociedad de Autores de Madrid manda cada trimestre á la *Société des auteurs*, los productos de *La comida de las fieras* figuran siempre en el haber de Curel.

Entre gente del oficio no es un secreto para nadie. El gran Joaquín Dicenta, que tan admirablemente ha presidido el sindicato de los comediógrafos madrileños, da testimonio de que en cuanto los *auteurs* parisinos reclamaron en nombre de uno de sus asociados la paternidad de la obra castellana, Jacinto Benavente fué el primero en reconocer que su *Comida de las fieras* no era, en efecto, sino un arreglo del francés.»

El señor don Enrique Gómez Carrillo escribe y afirma todo esto, que copiado queda, con un aplomo que, aun al afirmar las mayores verdades, sería aventurado; no diga-

mos en esta ocasión en que, sorprendida sin duda la buena fe de don Enrique Gómez Carrillo, escribe tantas inexactitudes como palabras.

En primer lugar, entre *Le Repas du lion* y *La comida de las fieras* no hay la más remota semejanza. Ni siquiera la del título. *Le Repas du lion* es, como todos saben, basta haber hojeado las fábulas, la parte del león *quia nominor leo*. *La comida de las fieras* es otra cosa.

El primer acto está sugerido por un suceso bien madrileño, la subasta pública de una ilustre casa ducal; el asunto general de la obra, por la ruina de un matrimonio americano, muy conocido en Madrid y muy estimado.

La obra de Curel, ni por su asunto, ni por su ambiente, ni por su idea, la lucha entre el capital y el trabajo, la parte del león, puede tener similitud con *La comida de las fieras*.

Ni la Sociedad de Autores Franceses ha podido reclamar nunca, ni la Sociedad de Autores Españoles envía un céntimo á la de París por derechos de mi obra.

Don Joaquín Dicenta, á cuya lealtad apelo, mal puede haber afirmado lo que no es verdad, y él bien sabe que no puede serlo.

En *El Imparcial* se ha publicado una carta del actual presidente de la Sociedad de Autores, don Miguel Ramos Carrión, en que así se declara.

Aparte todo esto, mal podría Curel recibir esos pingües trimestres de que habla el señor don Enrique Gómez Carrillo, cuando la obra *La comida de las fieras* no se representa desde hace once ó doce años.

El señor don Enrique Gómez Carrillo, como favor especial, me concede que, aunque algunos maliciosos descubrieran lo mismo de otras cuatro ó cinco comedias mías, siempre me quedarían las bastantes para adornar *mi corona principesca*; son sus palabras. Muy agradecido.

No, señor don Enrique Gómez Carrillo; como *Musset*, «mi vaso es pequeño, pero bebo en mi vaso». En esto de traducciones, arreglos ó inspiraciones, he llevado siempre mi escrupulosidad hasta indicar como ajenas, obras que, por su plan, por sus personajes, por todo lo que constituye la origina-

lidad de una obra—Shakespeare y Molière, son ejemplos que pudieran autorizarme—bien hubiera podido firmar como originales.

Ahí está *La señorita se aburre*, en que sólo hay de *Tenayson* una poesía, traducida por mí en la obra, y que, no obstante, como inspirada en ella anuncio y firmo.

Ahí está *La copa encantada*, en que digo lo mismo respecto al Ariosto. Y ahí está toda mi obra, modesta, muy modesta; humilde, muy humilde; con imitaciones sugestivas; inspiraciones, tal vez, de otras muchas; pero nunca con la falta de honradez, en todos los sentidos de la palabra, que supone el firmar como original una traducción ó un arreglo, como don Enrique Gómez Carrillo afirma en su buena fe.

De ella misma espero la rectificación espontánea, mejor enterado. Le basta con leer las dos obras, le basta con preguntar á la Sociedad de Autores Franceses, le basta con las protestas que le llegarán de cuantos han leído las dos comedias...

Tratándose de don Enrique Gómez Carrillo, á quien conozco de antiguo, no me pasa ni por el pensamiento que pueda haber en él

mala intención al dejar caer esas afirmaciones. Se ha informado mal, y eso es todo.

De todos modos, es de lamentar que escritor tan serio, tan respetable, no procure estar mejor informado.

Ligerezas como esta, quitan autoridad á la Prensa, y así, no es extraño que alguna vez, cuando se considera perseguida injustamente, no halle en una parte de la opinión toda la simpatía que debiera acompañarla siempre.







